

chos con el confinamiento. Pasaba dias enteros vagando desnudo por sus habitaciones sin querer comer, desquitiéndose despues en la intemperancia y voracidad que eran consiguientes. Era su delicia beber agua de nieve á todas horas, comer fruta verde, llevarse á su misma cama el hielo; sintomas todos del esceso de bilis que le consumía. Tan insensato régimen produjo sus efectos. Rechazó toda clase de alimentos saludables y aun las medicinas que le administraban para su estómago estragado, y habiéndose apoderado de él una calentura muy maligna, le anunciaron que se hallaba muy proxima su muerte. Dió entonces muestra don Carlos de volver á mejores sentimientos: deseó ver á su padre á quien pidió perdon y cuya bendicion obtuvo, y despues de haber recibido los sacramentos murió en la noche del 24 al 25 de julio del mismo año de 1568.

Aparece en este relato del mismo caracter de exageracion que se nota en el de las extravagancias del príncipe antes de tomar su padre la providencia de encerrarle. No se concibe como encomendada su guardia á personas tan distinguidas y celosas, y con instrucciones tan particulares sobre el modo con que habian de conducirse, se permitía al príncipe una conducta que arguye un gran descuido por parte de sus guardadores. Tal es la de andar vagando desnudo por sus habitaciones, la de ocultar nieve en su cama, y otros mas rasgos propios solo de un demente. Se puede sospechar que no atreviéndose ó mas bien no queriendo descubrir la verdad, trataron de cubrirla con el velo de esta clase de locura, dando toda la culpa al mas débil, al que habia sucumbido. Sin embargo, entre ellos se hallaba Cabrera, criado de la casa que asegura haber sido testigo ocular de todos los hechos que se refieren.

Una gran parte de historiadores extraños, dicen que tan luego como fué preso el príncipe don Carlos, pasó su padre relacion de todo á la inquisicion, donde desde aquel punto comenzó á formársele el proceso; que dicho

tribunal, enemigo de la persona del príncipe por lo sospechosos que eran sus principios y sentimientos de Católico, se mostró inexonerable hasta el punto de condenarle á muerte. Que se la presentaron al rey, quien fluctuó entre los sentimientos de padre y los que como rey católico debia al culto de Dios y de su conciencia; que se mantuvo algunos dias en esta cruel incertidumbre; que los inquisidores y personas graves de su consejo le hicieron presente su deber de mostrarse superior en semejantes casos á los sentimientos de la naturaleza; que al fin firmó el monarca la sentencia que se la comunicaron al príncipe á quien se dejó la eleccion del género de muerte, representándole en pinturas las varias entre las que tenia libertad de decidirse; que causó esta noticia en el príncipe una profunda impresion hasta el punto de prorumpir en execraciones contra su padre, tomando todos los ademanes de furioso; que permaneció en este estado algunos dias: por lo que no quisieron llevar adelante la sentencia por no exponer su salvacion, hallándose mal preparado; que al fin lograron calmarle é inspirarle sentimientos de resignacion, y que despues de recibidos los sacramentos con muestras de arrepentimiento y de piedad, cumplieron la sentencia de muerte dándosela por medio de veneno.

Los lectores imparciales decidirán por cual de ambas versiones hay mas probabilidad y por consiguiente mas derecho á ser creida. En cuanto á nosotros no nos atrevemos á dar un fallo en el negocio. Lo que dicen los españoles es bastante verosimil: la especie de sentencia de la inquisicion llevada á efecto por medio de veneno, no es repugnante al espíritu del tiempo, á la índole de la inquisicion, al carácter y sentimientos de Felipe. No olvidemos que en el auto de fé al que asistió en Valladolid este monarca, dijo á uno de los reos que le echaba en cara el permitir que se le tratara con tal barbaridad que si su hijo fuese culpable de heregia, llevaria el mismo á la hoguera la leña que debiera quemarle. ¿Tan

extraño es, pues, que el rey creyendo al príncipe adicto á estas doctrinas realizase los sentimientos que entonces abrigaba? Lo que nos debe mas guiar en este laberinto es que entre el padre y el hijo habia incompatibilidad, habia rivalidad y todo el ódio de que son capaces los hombres agitados por aquellos sentimientos. Tal fué el fin del príncipe don Carlos, único hijo barón entonces de Felipe. Sobre este suceso no haremos comentarios. Si atendemos al carácter y circunstancias de los dos personajes principales de este drama, á la indole de aquellos tiempos, á la reserva que era indispensable á sus historiadores, pocos puntos hay en todas sus relaciones que sean mas susceptibles de reparos. Mas dejaremos las cosas en su oscuridad, y á falta de datos corresponderá la misma escasez de congeturas. Mas cualquiera que hayan sido los principales resortes de aquella máquina, aparece claro que no medió proceso, que el príncipe murió de enfermedad, sobre todo que no intervino en nada de esto el tribunal de la inquisicion como se ha hecho ver sobre las tablas del teatro. (1)

Fundacion del monasterio del Escorial. (1563.)

La série y enlace de ciertos acontecimientos nos han hecho dejar atrás otros de data mas antigua, y otra cosa no puede ser en una historia que los abraza de un orden tan diverso. La observancia con vigor del cronológico produciría una relacion de cosas inconexas que sin presentar ningun interés confundiría al lector y fatigaría su

(1) Véase la citada pieza de Schiller. En la última escena, entrega Felipe á su hijo en manos del inquisidor general, diciéndole: cardenal: he hecho mi deber; haced el nuestro.

atencion por lo mismo de estar tan dividida. No es la primera vez que hacemos esta observacion que no puede menos de ocurrir á cada paso. La muerte del príncipe don Carlos que nos condujo á lo que tuvimos que decir de su persona, ocurrió en 1568. Cinco años antes tuvo principio la obra á cuya construccion consagramos este artículo; obra que constituye uno de los grandes episodios de la historia de Felipe II, y aunque de un simple monasterio, imprime carácter en la fisonomía de un reinado tan fecundo en cosas grandes.

Se atribuye la fábrica del Escorial á un voto de Felipe durante la batalla de San Quintin, para que Dios le favoreciese en aquel lance; mas el rey no estaba en el campo de batalla, y tal vez ignoraba se estaba dando. Por otra parte habiendo tenido lugar en 1557, no se concibe que un rey tan religioso hubiese diferido el cumplimiento de su voto hasta el de 1563, hallándose en España desde 1559. Tambien se dice que labró este edificio para depositar en él los restos del emperador, segun lo habia encargado por su testamento. Mas para erigir un grande y suntuoso mausoleo á Carlos V, no faltaban en España templos magnificos donde pudiera estar muy dignamente. No hay necesidad de buscar explicaciones á lo que se explica muy naturalmente. No era Felipe II el primer rey amigo de grandes monumentos de las artes. Concibió el proyecto de erigir un edificio digno del primer monarca de la cristiandad, al menos el mas rico de su siglo. Para unir su gusto por lo grande, con otras inclinaciones en él mas fuertes todavía, este gran edificio fué un convento.

Establecida la córte en Madrid, natural era que para este convento se escogiese un sitio cerca de la capital donde el rey pudiese inspeccionar su construccion sin descuidar las atenciones del gobierno. Consagrado el monasterio á una orden de religiosos, que no edificaban sus casas en poblado, habia que buscar un sitio solitario y algo agreste, y si se quiere inculto donde establecerle.

La designacion del que efectivamente ocupa parece una consecuencia de todos estos datos. Pais yermo, proximidad á Madrid, buenas y abundantes aguas, sitio calculado para el retiro y la contemplacion, era todo lo que podia apetecerse.

Decidido sobre poco mas ó menos el sitio de la funcion, costó todavía gran trabajo el desmonte de terrenos y su anivelacion para el asiento. Lo que hoy se llama el Escorial, es decir, el Escorial de Arriba donde el monasterio está sentado, no era entonces mas que un terreno de jarales sin habitacion alguna, sin mas frecuentacion que el de la caza mayor que en estos parajes abundaba. Tuvo el rey tal empeño en llevar adelante su intencion con la mayor actividad que fué á alojarse en el Escorial que llaman de Abajo y de donde tomó su nombre el monasterio: allí permaneció varios dias sin ningun género de comodidad, y no solo él y los principales arquitectos sino tambien diferentes monges que venian á hacer parte de la comunidad, pues primero hubo monges que convento. En 23 de abril de 1563 se puso la primera piedra con toda la solemnidad posible, y veinte y un años despues se puso la última que fué en lo que se llama átrio de los reyes.

Es famoso el nombre de Juan de Todolo, aun mas el de Juan de Herrera, su discípulo; arquitectos principales de la obra. Presentaron sus planos al rey, quien los aprobó con algunas pequeñas modificaciones, pues nada se hizo en el convento que no se sujetase antes al examen y aprobacion de este monarca.

De una observacion nos haremos cargo ahora, ó por mejor decir, de un género de impugnacion que algunos han hecho á la creacion de este grandioso monumento. Con las sumas, dicen, que ha costado el Escorial, se pudieran haber construido muchísimos caminos y canales, fertilizado el pais de los alrededores, fomentado la agricultura, y acrecer en todo los desarrollos de la industria. Asi será sin duda, mas si son de gran peso aquestos car-

gos, se deberian igualmente hacer á todos los monumentos de las nobles artes, erigidos en todas épocas en tantos puntos de la tierra. Se deberia declamar contra los que mandaron construir las pirámides de Egipto y tantos magníficos objetos del arte en aquella region, cuyos restos nos sorprenden todavía. Se deberia censurar á los romanos tan pródigos en la fabricacion de templos, de columnas, de estatuas, de otros mil objetos de grandeza y elegancia: se deberia vituperar á los atenienses que en tiempo de Pericles sacrificaron tan enormes sumas para aquel estado tan pequeño, á convertir su ciudad en un museo de todo género de preciosidades de las artes: se deberian, pues, condenar todas las procesiones, todas las ocupaciones de los hombres que no tienen por objeto la adquisicion ó fomento de goces materiales. La proscripcion de los arquitectos, de los pintores, etc.: se deberia extender á los poetas, á los historiadores, á los que cultivan todo género de literatura, y aun á los sabios que hacen descubrimientos sobre materias que no son de una aplicacion inmediata y práctica de la vida. Las cosas por probar mucho, prueban demasiado; la experiencia y el conocimiento del hombre prueban suficientemente que el hombre no vive solo de goces y comodidades materiales, que hay placeres de imaginacion y de la mente; que la contemplacion de un objeto grande de las artes, puede ser mas agradable para muchos que el placer mas delicado y regalado. Dejemos, pues, cuestiones que hoy dia son vanas y por consiguiente inútiles.

El Escorial es lo que és. Es un hecho su magnificencia, cualquiera que sea el género á que pertenezca. Pudiera haber sido otra cosa; pudiera otro personaje haber empleado las mismas sumas en una cosa de más utilidad, de mas goces materiales, de mas felicidad para las clases pobres é indigentes; mas está ya hecho, y tal cual es atraerá siempre á los curiosos, y será objeto de agradable contemplacion, de asombro y de estudio para los hombres que saben lo que son las bellas artes, y aun para

el vulgo que no está iniciado en sus secretos ó misterios.

No entraré en la cuestion de cual es la forma de edificios y órden de arquitectura mas propio y adaptable al culto religioso. Cuando los cristianos empezaron á construir templos públicos, adoptaron con poca diferencia la forma de los que entonces existian. Algunos pasaron del culto de los dioses de la gentilidad al del Dios de los cristianos, asi como es hoy en Constantinopla mezquita principal la antigua Basílica de Santa Sofia; donde tenían su silla ó por decir su trono sus patriarcas. Grandes y magníficos fueron los templos de la antigüedad. En nada les cedieron los que con el nombre de góticos se erigieron en los tiempos que llaman de la edad media.

¿Cuáles son mas propios del culto? Es cuestion de gusto y sobre todo del tiempo y de la época. En la de Felipe II habia resucitado la arquitectura antigua con el nombre de Greco-Romana. Hacia ya mas de medio siglo que habia llegado á su terminacion la grande iglesia de San Pedro. La construccion del monasterio del Escorial por el gusto gótico hubiera sido un completo anacronismo. La clase de su arquitectura no era, pues, materia de eleccion; en cuanto á su magnificencia y magestad estaba ya decidida. Dotados de tan poca inteligencia en artes, entramos con cierta repugnancia en este artículo consagrado al Escorial, sobre cuyo monumento hay ademas noticias tan extensas y tan circunstanciadas. Mas dejar de mencionarle en una historia del reinado de Felipe II, seria mostrar suma ignorancia, ó un sentimiento de desden hácia una obra tan magnífica.

No intentaremos describirla. Su primera impresion sobre todo en la parte exterior es de una cosa meramente grande. A proporcion que se observa y se examina, aparece una obra acabada y magnífica, donde la sencillez compite con la seriedad, con la pureza de las formas. En el templo brillan la suntuosidad y gala del ar-

te en su mas alta perfeccion: donde quiera que la vista se fija, encuentra la grandeza, la elegancia mas correcta y el lujo á donde pueden ir las nobles artes.

En todo el edificio, en las partes grandes como en las pequeñas, en lo principal como en lo accesorio, se ve el mismo carácter, grabado el mismo sello. Es muy difícil examinar con alguna atencion, vagar por aquella escalera, aquellos claustros, sin que la imagen del fundador llegue á tomar parte en aquellas impresiones. Hay muchas cosas inanimadas puramente físicas que llevan completamente la impresion de las morales. Tal vez serán ilusiones de la fantasia; mas nosotros tan avaros de su lenguaje y mucho mas tratándose de historia, no nos parece que nos alejamos de nuestro objeto haciendo ver que en el Escorial están identificados el carácter, el génio de Felipe, y que su sombra parece que vaga todavia por aquellas bóvedas.

El Escorial fué para Felipe II la ocupacion, el pasatiempo, la distraccion, las diversiones y placeres. Entre las atenciones del gobierno y el Escorial, se dividió completamente su existencia. Aquí fué como el arquitecto principal y el director de sus trabajos. Le veia formarse y crecer, de piedra. Cuando se lo permitian sus ocupaciones era el primer sobrestante de la obra. Que era hombre de gusto é inteligencia en las artes, lo prueban las mismas obras que se construian todas como en su presencia. El arquitecto, el pintor y el escultor, todos la sentian igualmente. Naturalmente habria padecido sus equivocaciones y sido á veces injusto con el mérito artístico; mas de estos errores nadie se liberta. Se puede sin embargo decir de él con muy marcadas excepciones que conoció el precio del servicio y fué magnífico en las recompensas.

La situacion de un rey como Felipe II que construia un edificio como el Escorial, era sin duda bajo este aspecto afortunada. Su gusto por las artes; su aficion á lo grande y lo magnífico, el amor propio de monarca, de

hombre de poder, sus sentimientos religiosos, todo estaba al mismo tiempo satisfecho: todo se enlazaba, se apoyaba y convergía. Los principales artistas hermo- seaban los objetos de su devoción, quizá le daban nuevo pábulo. La casa que según su expresión construía para Dios, sin duda le hacía á sus ojos mas grande y mas poderoso.

Era un espectáculo singular que mientras en Francia, en Alemania, en los Países-Bajos y en Escocia, se despojaban, se dilapidaban y hasta se destruían completamente tantos templos, se contruyese uno tan grande y tan magnífico en España. Sin duda ocurrió á Felipe II muchas veces esta idea, y tal vez la de reparador en esta época de destrucción, redoblabá su entusiasmo. La fama de la construcción del Escorial era muy grande en Europa en aquel tiempo, bajo el aspecto religioso. Bajo el meramente artístico era un certámen á donde eran llamados los primeros genios de aquel tiempo. A todos los buscó y acogió Felipe dignamente, los de casa como los de afuera. Las mas sencillas construcciones eran obras maestras, donde lucía la corrección del dibujo, la elegancia de las formas. Los meros estantes de libros, los cajones de la sacristía, la cosa mas sencilla llama la atención. ¿Y cuántos artistas no fueron necesarios para llenar y enriquecer aquella vasta mole de sus producciones? Así el Escorial era hace poco uno de los primeros museos de la Europa. Algo ha desmerecido en estos últimos años sobre todo en pintura, cuyos cuadros mas preciosos han sido llevados á otra parte; mas prescindiendo de esta falta, es un grande y magnífico objeto de estudio para cualquiera que esté dotado de imaginación y buen gusto.

Cualquiera que pudiese ser la satisfacción del rey de España en la construcción del Escorial, debía de hallarse bien neutralizada con cuidados, inquietudes y disgustos. Precisamente por aquellos mismos años estallaban las guerras civiles en Francia, se conmovía de nuevo

Escocia, se traslucía en abiertos tumultos el disgusto de los Países-Bajos, estaba el mismo rey empeñado en guerras con los moros de la costa de Africa, se preparaba la tempestad que iba á descargar su furia sobre Malta, y se presentaban anuncios de la rebelión de los moriscos de Granada. Con todos estos negocios, con todas estas regiones estaba mas ó menos enlazado el interés del rey de España. Es preciso recorrerlas todas para no dejar sin mención nada de lo que pertenece á su reinado.

CAPITULO XXV.

Estado de Francia.-Triunvirato.-Liga Hugonota.-Situación de los dos partidos.-Desórdenes en París.-En las provincias.-Sublevación de algunas.-Se toman las armas.-Estado de los ejércitos.-Estalla la guerra.-Sitio de Ruan.-Muerte del rey de Navarra.-Sitio de Orleans.-Asesinato del duque de Guisa.-Batalla de Dreux.-Treguas.-Renovación de hostilidades.-Batalla de san Dionisio y muerte del condestable de Montmoreney. (1561-1568).-Otra tregua.

No produjo, no podía producir el coloquio de Passy, fusión ni aproximación entre las doctrinas de los católicos y los hugonotes. Era bajo este aspecto una tentativa tan inútil como la celebración del Concilio en que se habían fundado tantas esperanzas. Tampoco había introducido un espíritu de paz entre ambos partidos, el decreto de tolerancia que á favor de los hugonotes acababa de expedirse. A las sospechas de mala fé que cada uno abrigaba contra su contrario, se reunía la intolerancia que es tan comun en sectas tan rivales y contrarias, y á todo esto, el deseo del poder, la ambición de la supremacía que por todos no se puede ejercer al mismo tiempo. En una época de minoría están mas abiertas las puertas á la ambición, á los excesos, que en tiempos ordinarios. La reina Catalina de Médicis tenía mas astucia en su carácter y energía; los Guisas no poseían la